JULIO RAMÓN RIBEYRO

SANTIAGO, EL PAJARERO

Lectulandia

Tomando como base la tradición «Santiago el volador», de Ricardo Palma, Ribeyro reescribe la historia del soñador que aspiró a volar como las aves en pleno siglo XVIII, en la frívola y dogmática Lima del virrey Amat y la Perricholi. *Vida y pasión de Santiago el pajarero*, galardonada con el Premio Nacional de Teatro en 1959 y estrenada al año siguiente, no fue publicada sino hasta 1966 en una modesta edición universitaria, actualmente rareza de coleccionistas.

«Víctima de la sociedad y mártir de su vocación, el Santiago de Cárdenas que fragua Julio Ramón Ribeyro retrata bien una manera de concebir la tarea intelectual en el Perú. Pocos años después, Mario Vargas Llosa escribiría que el orden establecido era enemigo acérrimo de la vocación artística. En *Santiago, el pajarero*, la ciencia nombra metafóricamente al arte: el inventor es en verdad un poeta, en la medida que la *poiesis* es la actividad creadora, la capacidad de transformar los materiales de la experiencia para dotarlos de forma y sentido» (PETER ELMORE).

Lectulandia

Julio Ramón Ribeyro

Santiago, el pajarero

Representación en seis cuadros

ePub r1.0
jugaor 23.04.15

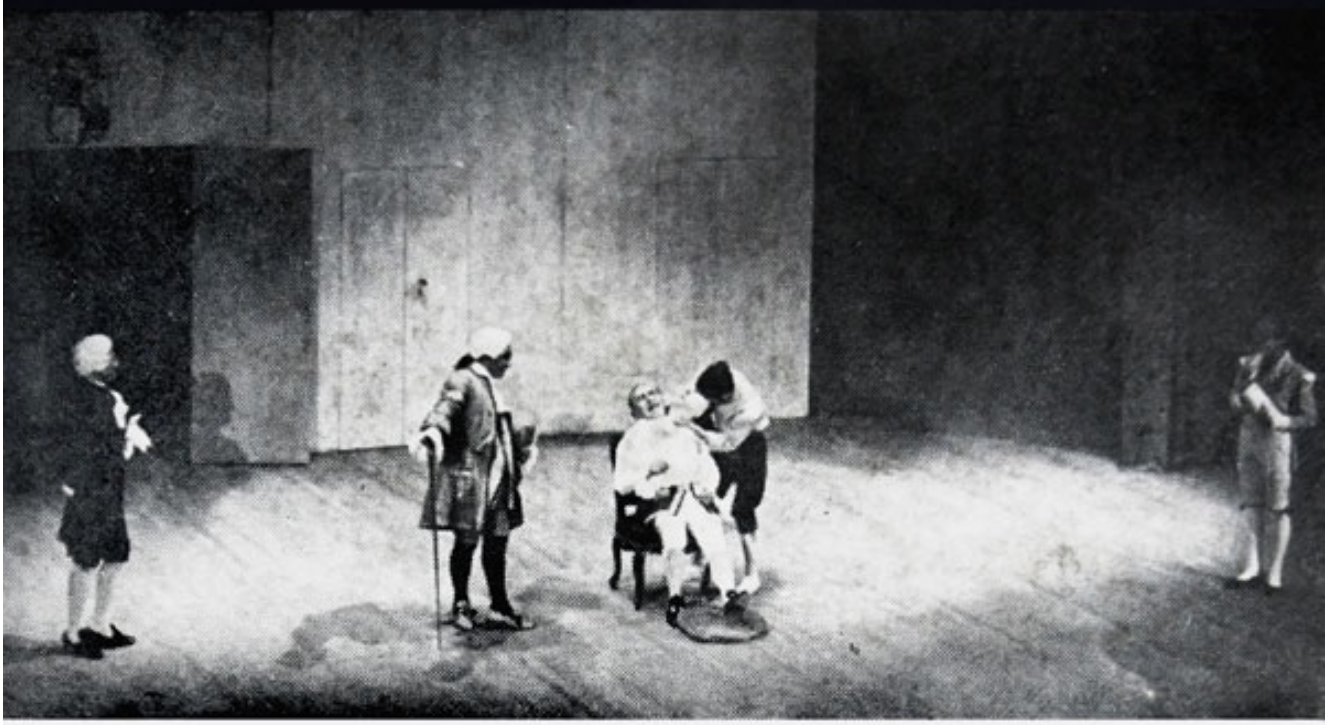
Título original: *Vida y pasión de Santiago el pajarero*
Julio Ramón Ribeyro, 1966

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

2
aniversario
más libros, más libres
edición conmemorativa

Julio Ramón Ribeyro



Vida y Pasión de Santiago el Pajarero

22

INSTITUTO DE LITERATURA
FACULTAD DE LETRAS
Y CIENCIAS HUMANAS
UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS

il

Representación en seis cuadros

La acción se desarrolla en Lima, Ciudad de los Reyes, en la segunda mitad del siglo XVIII, durante el gobierno del Virrey Manuel Amat.

PERSONAJES *(Por orden de aparición)*

SANTIAGO, el pajarero[1]
ROSALUZ, novia de Santiago
MARÍA, esclava de Rosaluz
BASILIO, el coplero
BALTAZAR GAVILÁN, escultor[2]
EL DUQUE DE SAN CARLOS, consejero en finanzas
ESTEBAN GONZALVES, barbero
EL VIRREY AMAT[3]
COSME BUENO, profesor de matemáticas de la Universidad de San Marcos[4]
DOS ALGUACILES
UN SECRETARIO
DOS CLIENTES
CUATRO HOMBRES en la calle
UN HOMBRE en la galería
VECINO
DIRECTOR del cuerpo docente
CATEDRÁTICOS
PÚBLICO

(Inspirada en una tradición de Ricardo Palma).

Cuadro primero

Al pie del cerro San Cristóbal[5]

Decoración de huerta. Atardecer. Al fondo, perspectiva del San Cristóbal. Santiago, subido en una piedra, mira el follaje de los árboles donde se escuchan los cantos de los pájaros. Rosaluz, con un chal sobre los hombros, da vueltas, impaciente, a su alrededor.

ROSALUZ.— Pero ¿qué tanto miras?

SANTIAGO.— ¡Calla!

ROSALUZ.— ¡Bájate de allí y dame el brazo!

SANTIAGO.— ¡Chit!

ROSALUZ.— ¡Para eso me traes aquí, para pasarte la tarde mirando a los pájaros!

SANTIAGO.— No sigas hablando, que los vas a espantar.

ROSALUZ.— Soy yo la que me voy a espantar si sigues parado en esas piedras.

(Los cantos cesan. Santiago desciende y da unos pasos, la cabeza en alto, siguiendo el vuelo de los pájaros).

SANTIAGO.— ¡Se fueron…! La voz humana no los hace muy felices. ¿Me dejas seguirlos un momento? Solamente voy hasta el río. Siéntate aquí y vigila mi jaula.

ROSALUZ.— No puedo demorarme más. Le he dicho a mi mamá que iba a vísperas con María. Las campanas de Los Descalzos ya han tocado.

SANTIAGO.— Solamente unos minutos. Voy hasta el río y vuelvo.

ROSALUZ.— ¡No! Me voy. *(Da unos pasos).*

SANTIAGO.— *(Alcanzándola)* Perdóname, Rosaluz. Soy en verdad poco gentil… Hacerte venir hasta aquí. ¡Pero es que tú no comprendes! *(La ciñe por la cintura)* ¿Sabes que cuando era grumete pasé diez años contemplando los pájaros marinos? En las costas de estas tierras hay millones de pájaros que van de norte a sur y de sur a norte. Durante días enteros siguen a los barcos y forman como un río que palpita en el cielo. Los conozco mejor que a los hombres. Diría que son mis mejores amigos.

ROSALUZ.— Y por mirar a los pájaros te echaron de la marina.

SANTIAGO.— No fue por eso, Rosaluz. Fue a causa de un naufragio. Pero eso no tiene importancia.

ROSALUZ.— ¡Claro que la tiene! ¿De qué vamos a vivir cuando nos casemos? Tu tienda de Botoneros no da ni para regalarme jazmines. Un hombre que cría pájaros, ¿cómo puede fundar una familia? ¡La culpa la tienen tus amigos Basilio y Baltazar! Te juntas con personas sin oficio ni beneficio, con holgazanes que se pasan la vida soñando.

SANTIAGO.— *(Herido)* Es cierto, no vamos a vivir de los pájaros. *(Misterioso)* Pero ellos pueden enseñarnos muchas cosas.

ROSALUZ.— Lo único que pueden enseñarnos es a alimentarnos de migajas. Pero en ese caso prefiero quedarme soltera. En casa de mi madre no me falta nada, gracias a Dios.

SANTIAGO.— *(Repite)* Pueden enseñarnos muchas cosas los pájaros… ¿Nunca te he dicho en qué ocupo mis noches?

ROSALUZ.— Te irás al Doblón de Oro, a beber mosto con tus amigos.

SANTIAGO.— Te equivocas.

ROSALUZ.— Sí, ya sé que me equivoco… *(Mimosa)* Me han dicho que velas hasta tarde en tu tienda, ¿verdad?, y que tu luz es la última que se apaga en los portales.

SANTIAGO.— ¿Cómo lo sabes?

ROSALUZ.— Me lo dijo el barbero, tu vecino.

SANTIAGO.— *(Soñando)* A veces velo tanto que veo penetrar el sol por mi ventana.

(Suenan las campanas de Los Descalzos. Rosaluz se santigua).

ROSALUZ.— *(Impaciente)* ¡Vámonos ya!

SANTIAGO.— Espera.

ROSALUZ.— ¡Haz la señal de la cruz!

SANTIAGO.— *(Se santigua)* ¡Soy tan distraído! *(Va hasta las piedras y coge su jaula)* Mira, ¿sabes lo que es esto?

ROSALUZ.— No sé… Un pájaro como cualquier otro.

SANTIAGO.— Es claro, tú no puedes ver la diferencia.

ROSALUZ.— Lo único que sé es que hace poco volaba libremente y que ahora está prisionero. Eres malo, Santiago, martirizas a las pobres avecillas.

SANTIAGO.— Hacía días que lo acechaba. Este pájaro se llama tijereta. Pero no creas que le haré daño. Lo soltaré una vez que lo haya examinado.

ROSALUZ.— ¿Y para qué lo vas a examinar? *(Por la derecha aparece María, la esclava de Rosaluz)* ¡Allí viene María!

MARÍA.— ¡Ave María Purísima! Han tocado por segunda vez en Los Descalzos.

SANTIAGO.— ¿Vienes del río?

MARÍA.— Sí, Vuesa Merced.

SANTIAGO.— ¿No has visto pasar a los pájaros?

MARÍA.— ¿A los pájaros? A fe mía, no los he visto.

ROSALUZ.— Tú crees que todo el mundo está pendiente de ellos. ¡Vámonos ya!

MARÍA.— Dense prisa, mis amos, que llegaremos tarde al Santísimo.

SANTIAGO.— Anda no más, que te seguimos.

MARÍA.— *(Saliendo)* De cerquita, mis amos, que no volveré la cabeza.

SANTIAGO.— *(A Rosaluz, que empieza a caminar)* Espera, aún no te he terminado de contar.

ROSALUZ.— *(Se detiene)* ¿Qué cosa?

SANTIAGO.— Lo que hay dentro de esta jaula.

ROSALUZ.— Ya me lo dijiste: hay un pájaro.

SANTIAGO.— Este pájaro es un tesoro. Ha sido un milagro cazarlo por aquí porque ellos sólo viven del lado del mar.

ROSALUZ.— Pues es una buena noticia la que me das. Podrás venderlo por muy buenos duros.

SANTIAGO.— ¿Venderlo? ¡Nadie dará por él un cuarto! Para los demás no vale nada, ni siquiera sabe cantar. Pero para mí tiene una importancia que no puedes imaginar. Lo soltaré en mi desván y observaré cómo vuela.

ROSALUZ.— ¿En eso ocupas tus noches?

SANTIAGO.— Has adivinado.

ROSALUZ.— *(Alejándose de él)* ¡Pero Dios mío!

SANTIAGO.— ¡Espera, Rosaluz!

ROSALUZ.— *(Saliendo)* ¡Perder su tiempo de esa manera!

SANTIAGO.— *(Siguiéndola)* ¿Pero no te das cuenta para qué observo a los pájaros?

(Rosaluz sale por la derecha, Santiago se sobrepara y regresa por su jaula. Cuando la recoge los pájaros empiezan a cantar nuevamente entre el follaje. Santiago queda observándolos un momento y avanza, la cabeza en alto, hacia las piedras, pero se escuchan las campanas de Los Descalzos. Santiago sale rápidamente por la derecha).

TELÓN

Cuadro segundo

En el portal de Botoneros[6]

Portal de Botoneros. Siete de la noche. Santiago va de la tienda a la trastienda guardando sus jaulas. Penetra Basilio a la carrera.

Escena primera

BASILIO.— ¡Échame un poco de agua, Santiago, que llevo un incendio en el corazón!

SANTIAGO.— Pero ¿qué sucede?

BASILIO.— ¡Abrázame tres veces y bésame en las dos mejillas!

SANTIAGO.— Por azar, ¿has ganado la lotería?

BASILIO.— Las loterías sólo las ganan los frailes y los familiares de la Santa Hermandad.

SANTIAGO.— ¿Te han hecho Gobernador de una provincia?

BASILIO.— ¡Jamás le he besado los pies a nuestro ilustrísimo Virrey!

SANTIAGO.— No sé, entonces, a qué se debe tu arrebato.

BASILIO.— ¡Estoy enamorado!

SANTIAGO.— ¿Otra vez?

BASILIO.— ¡No! Ésta es la primera vez que sufro tan bello accidente.

SANTIAGO.— Dime cómo ha ocurrido eso.

BASILIO.— Estuve en el teatro y vengo trastornado, transportado, sediento…

SANTIAGO.— ¡Por Dios! ¿No será de Micaela Villegas[7]?

BASILIO.— ¡El diablo me libre de semejante pez! Es un bocado muy grande para un humilde pecador como yo. Dicen que nuestro honradísimo y sexagenario Virrey ha perdido el seso por ella y está gastando los doblones de la corona en construirle un palacio.

SANTIAGO.— Pero ¿quién, entonces, te ha puesto en semejante estado?

BASILIO.— ¡Isabelilla!

SANTIAGO.— ¡No sé quién será!

BASILIO.— ¿Es posible que no la conozcas? Claro, tú jamás te mueves de tu tienda sino es para ir al San Cristóbal o Amancaes a cazar pajarracos. Isabelilla es una nueva actriz.

SANTIAGO.— ¿Cómo es?

BASILIO.— ¿Y crees que lo sé? ¡He estado dos horas en el teatro mirándola sin verla o viéndola sin mirarla! Necesitaría tener el ingenio de Dante para describirla. Pero mi numen de coplero ha dado sólo para un cuarteto. Escucha:

La madre que te parió
mereciera parir veinte
y que yo fuera diezmero
y me tocaras en suerte.

(Ambos ríen. Santiago queda pronto callado y pensativo).

BASILIO.— No te veo el ánimo muy alegre. Pareces un recaudador de impuestos que ha perdido su cargo. ¿Qué te sucede?

SANTIAGO.— *(Suspira)* Han pasado muchas cosas en estos días.

BASILIO.— Estoy seguro que es por Rosaluz por quien suspiras.

SANTIAGO.— No es por ella.

BASILIO.— ¡Voto al diablo! ¿Por quién ha de ser, entonces? Juraría que hoy día no las has visto.

SANTIAGO.— Hace diez días que no la veo.

BASILIO.— ¡He ahí la razón!

SANTIAGO.— No la veo desde nuestro último paseo al San Cristóbal. He ido luego a visitarla y no la he encontrado. Pero no es esto lo que me acongoja.

BASILIO.— A mi turno, me tocará adivinar.

SANTIAGO.— No podrás adivinarlo: ha muerto mi tijereta.

BASILIO.— ¿Qué es eso?

SANTIAGO.— Un ave extraña que capturé hace poco.

BASILIO.— ¡Ya sabía que en todo esto había pájaro encerrado! Pero no te aflijas: aves hay a millares en el cielo; en todo caso, hay más aves que mujeres.

SANTIAGO.— Pero ésta es difícil de encontrar. Vuela por los mares del sur.

BASILIO.— Mira, te traeré un jilguerillo para que te consueles. Baltazar podrá birlar uno del convento de su padrino.

SANTIAGO.— No es lo mismo. Tendré que ir al Callao o a las playas de Lurín para conseguir otra semejante.

BASILIO.— Bueno, ya que no te puedo consolar, te ofrezco un vaso de vino.

SANTIAGO.— ¿En el Doblón de Oro?

BASILIO.— Sí, Baltazar nos espera allí. Lo dejé medio borracho.

SANTIAGO.— Me gustaría acompañarte, pero prefiero quedarme aquí. Necesito pensar. He tenido últimamente muchas ideas.

BASILIO.— ¿Qué clase de ideas?

SANTIAGO.— Ideas, no sé cómo decirlo, ideas que me enceguecen. Por momentos creo volverme loco.

BASILIO.— Nunca me has hablado de esas cosas.

SANTIAGO.— Mi cabeza arde como una fragua. Algo está sucediendo aquí adentro, algo que no puedo ver con claridad, pero que sin duda será algo admirable.

BASILIO.— Pero, dime al fin en qué ocupas esa cabeza.

SANTIAGO.— Es un secreto, Basilio.

BASILIO.— ¡Por piedad, déjate de secretos! Yo no te oculto nada. De mi amor por Isabelilla pensaba hacer el único misterio de mi vida y no bien he salido del teatro que ya estoy aquí, pregonándolo a los cuatro vientos.

SANTIAGO.— En otra oportunidad te hablaré. Además, todavía no estoy seguro. Es

cuestión de días o tal vez de minutos. He llegado al límite de la reflexión y la luz tiene que estallar.

(Baltazar aparece, tambaleándose, y penetra en la tienda).

BALTAZAR.— Basilio, sabía que te iba a encontrar aquí. Embózate en tu capa y sígueme.

BASILIO.— Iba en este momento al Doblón de Oro.

BALTAZAR.— Déjate de doblones, que buena falta nos hacen. Ahora no vamos allí. Ahora nos vamos al puente.

SANTIAGO.— Por ventura, ¿sabes cuántos vinos te has bebido hoy, Baltazar?

BALTAZAR.— Por cada vino abrí un agujero en la mesa y cuando me levanté la mesa parecía un cernidor. ¡Basilio, se trata de un lance de honor!

BASILIO.— ¿Un duelo, por casualidad?

BALTAZAR.— ¡Chitón! ¡No hay un hombre que se bata conmigo! *(Extrae de su capa unas tijeras)* ¿Sabes para qué sirve este instrumento?

BASILIO.— ¡Cuernos! ¡Con eso eres capaz de degollar al mismo Sansón!

BALTAZAR.— Con toda seguridad, degollaremos algo esta noche.

SANTIAGO.— Vayan con cuidado, Basilio. Y tú, Baltazar, harías mejor en regresar a tus esculturas.

BALTAZAR.— ¿Quién dice que yo soy escultor? Lo único que hago es dar de cuchilladas a la madera o a la piedra… también a las personas cuando se cruzan en mi camino. Apúrate, Basilio, que la persona que me interesa ya debe estar cerca del puente.

(Ambos se embozan en sus capas y desaparecen por la izquierda. Santiago sale a la calzada. Pasa un vendedor de jazmines, luego un vendedor de cigarros. Santiago compra uno y luego de encenderlo queda pensativo, mirando al cielo. El barbero sale de su tienda contigua).

Escena segunda

BARBERO.— Buenas noches, maese Santiago.

SANTIAGO.— *(Sin dejar de mirar al cielo)* Buenas noches le dé Dios.

BARBERO.— ¿Tomando el fresco?

SANTIAGO.— Contando las estrellas.

BARBERO.— Usted siempre mirando hacia arriba.

SANTIAGO.— Arriba, por lo menos, no vemos gente fastidiosa.

BARBERO.— Puede usted caer en un charco.

SANTIAGO.— Y ahogarme, ¿no es verdad? ¡Mucha gente se alegraría!

BARBERO.— Lo sentiríamos mucho, don Santiago.

SANTIAGO.— Sobre todo aquí, en los portales.

BARBERO.— *(Acercándose)* Hace días que no veo a Rosaluz por estos lugares.

SANTIAGO.— ¿De veras? Yo tampoco.

BARBERO.— *(Acercándose más)* Don Santiago, quería hablarle otra vez de ese asunto.

SANTIAGO.— ¿De qué asunto?

BARBERO.— ¡Por Dios, usted lo sabe bien!

SANTIAGO.— ¿De mi tienda?

BARBERO.— Justamente.

SANTIAGO.— Mi respuesta es la misma: ¡no!

BARBERO.— Le doy por el traspaso trescientas onzas de oro.

SANTIAGO.— Veo que ha subido usted la oferta.

BARBERO.— Usted sabe, maese Santiago, la falta que me hace su local. Mi clientela crece todos los días. Soy el mejor barbero de la Ciudad de los Reyes. Necesito agrandar mi negocio y abrir aquí al lado una perfumería y una farmacia.

SANTIAGO.— ¿Y qué será de mí, pobre pajarero?

BARBERO.— Usted se arruina aquí, don Santiago. Olvídese de los pájaros y ponga un camal en la calle de los Mataderos. Se lo recomiendo, es un buen negocio.

SANTIAGO.— Usted olvida una cosa, maese Gonzalves: yo no soy comerciante.

BARBERO.— *(Con despecho)* A veces me parece que usted me tiene mala fe y que no me cede su tienda solamente por perjudicarme.

SANTIAGO.— ¿Yo?

BARBERO.— *(Alejándose)* Usted me tiene inquina, don Santiago.

(Entra en su tienda. Santiago apaga su cigarro y penetra en su tienda. Queda pensativo detrás del mostrador. Por la derecha aparece Rosaluz del brazo del Duque de San Carlos).

Escena tercera

DUQUE.— Estas calles del centro están muy bien iluminadas, lo cual es una desgracia para los enamorados. ¿No conoce usted algún sitio donde un caballero pueda pasearse con una bella moza sin despertar la envidia ni la indiscreción de las gentes? En Madrid es muy sencillo; basta caminar hasta el barrio de Atocha.

ROSALUZ.— Un hombre galante como su Señoría, no necesita de guía alguno en este país. Pronto conocerá las calles más tranquilas de la ciudad. Pero, vea usted, hemos llegado.

DUQUE.— ¡Con que ésta es la tienda de Santiago, el pajarero!

(Santiago los ve y sale a saludarlos).

ROSALUZ.— Tengo el honor de presentarte al Duque de San Carlos.

SANTIAGO.— *(Se inclina)* Dios guarde a su Señoría.

DUQUE.— Encontré a la simpática Rosaluz en el Paseo de Aguas y ha tenido la amabilidad de conducirme por una ciudad que apenas conozco. Hace una semana llegué de Cádiz.

SANTIAGO.— Sea usted bienvenido.

ROSALUZ.— El Duque de San Carlos andaba buscando una barbería. Me permití recomendarle la de Esteban Gonzalves.

SANTIAGO.— Hiciste bien. Es nuestro mejor barbero.

DUQUE.— *(Observando la tienda)* Tiene usted un negocio muy acogedor. Yo también soy aficionado a las avecillas. *(Con intención)* Tal vez me anime a comprarle alguna.

SANTIAGO.— Será un placer poder servir a su Señoría.

DUQUE.— A propósito, me dijo la gentil Rosaluz que usted trabajó en la marina.

SANTIAGO.— Durante diez años.

DUQUE.— Yo podría hacer gestiones para que usted se reincorpore. He sido también marino en mi juventud. Bella carrera, por cierto, donde con suerte se pueden hacer buenos doblones.

ROSALUZ.— *(A Santiago)* El señor Duque es pariente de nuestro Virrey.

DUQUE.— Eso no significa nada. Lo cierto es que me encantaría poder ayudarlo. Rosaluz dice que usted conoce muy bien la navegación. Con dos años más de práctica podría llegar a ser primer piloto. Justamente el barco en el cual vine zarpa en estos días para Panamá y luego seguirá viaje hasta España.

SANTIAGO.— Le agradezco mucho su ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo.

DUQUE.— Piénselo bien. Por los tiempos en que vivimos, es la manera más segura de lograr fortuna. Así, no tendrá que hacer esperar más tiempo a tan linda flor, para

casarse.

SANTIAGO.— Lo sé perfectamente.

DUQUE.— ¿Acaso no le interesa el mar?

SANTIAGO.— En estos momentos, más me interesa el cielo.

DUQUE.— ¡Caramba, es usted devoto!

SANTIAGO.— Veo que no me he explicado bien.

DUQUE.— Bueno, no quiero distraerlos más tiempo. Querrá usted hablar con su gacela. La barbería está allí, ¿verdad? *(A Santiago)* Le deseo mucha ventura. *(A Rosaluz le besa la mano)* A sus pies. *(Entra a la barbería).*

Escena cuarta

SANTIAGO.— ¿De dónde has desenterrado esa carcasa?

ROSALUZ.— *(Escandalizada)* ¡Santiago, ten más respeto por un Duque! Está hospedado en el palacio de Amat… ¿Sabes? Me ha pedido que le ayude a buscar su servidumbre. Necesita cuatro esclavos negros.

SANTIAGO.— Que los compre en el mercado.

ROSALUZ.— Él los quiere fornidos y obedientes. Le diré a María que busque entre sus conocidos.

SANTIAGO.— ¿Dónde está María?

ROSALUZ.— Eso mismo me pregunto yo. Hasta los portales nos venía siguiendo. Luego desapareció.

SANTIAGO.— Mejor; así podremos hablar tranquilamente. Para empezar, ¿a qué debo el honor de esta visita?

ROSALUZ.— ¿Te sorprende que venga a visitarte?

SANTIAGO.— Hace diez días que no te veo.

ROSALUZ.— Estuve enferma.

SANTIAGO.— Sin embargo, estuviste en la pelea de gallos.

ROSALUZ.— ¿Cómo lo sabes?

SANTIAGO.— No olvides que soy pajarero. Tengo un jilguerillo que me cuenta todo.

ROSALUZ.— Dirás mejor, un gavilán. Ese borrachín te ha venido con chismes.

SANTIAGO.— No hables mal de Baltazar… *(Con vehemencia)* Rosaluz, créemelo, te he extrañado mucho en estos días.

ROSALUZ.— Yo también, Santiago… Tú sabes que te quiero, a pesar de todo.

SANTIAGO.— ¿Por qué dices, «a pesar de todo»?

ROSALUZ.— ¡Porque eres el hombre más tonto que pisa la Ciudad de los Reyes! Imagínate, rechazar una oferta como la que te ha hecho el Duque de San Carlos, para reingresar en la marina. Cuando dijiste: «no», estuve a punto de saltarte al cuello y arañarte.

SANTIAGO.— ¿Quieres, acaso, que me vaya de Lima?

ROSALUZ.— ¡No es eso!

SANTIAGO.— ¿Qué quieres que haga, entonces?

ROSALUZ.— Que te establezcas, que hagas algo útil; en fin, que hagas algo de lo cual pueda sentirme orgullosa.

SANTIAGO.— Haré algo de lo cual todo el mundo hablará.

ROSALUZ.— ¡Déjate de quimeras! Tú vives en las nubes. De proyectos, estoy cansada.

SANTIAGO.— Pero si tú no tienes fe en mí, ¿quién la tendrá?

ROSALUZ.— ¡Yo no puedo ser eternamente la novia de Santiago, el pajarero!

SANTIAGO.— Ten un poco de paciencia.

ROSALUZ.— Me duele decirlo, pero tengo que hacerlo. He conversado con mi mamá sobre tu porvenir. Ella también está perdiendo la paciencia.

SANTIAGO.— ¿Qué tiene que ver tu madre en todo esto?

ROSALUZ.— Quiere que te fije un plazo. Nuestros amores duran ya cuatro años. La gente comienza a murmurar.

SANTIAGO.— Un plazo… ¿para qué?

ROSALUZ.— ¿No te digo que vives en las nubes, Santiago? ¿Para qué ha de ser? Para que te decidas.

SANTIAGO.— Yo estoy decidido.

ROSALUZ.— ¡Veo que no me entiendes! Se trata de que en este plazo hagas algo; que al cabo de un tiempo, me digas: «Fíjate, cuento con todo esto, podemos señalar ya la fecha de nuestro casamiento».

SANTIAGO.— ¿Y cuál sería ese plazo?

ROSALUZ.— No sé… pongamos un mes.

SANTIAGO.— ¡Un mes!… Pero ¿te das cuenta de lo que dices? En un mes no hay tiempo ni para soñar. Un mes pasa como un relámpago o como un escalofrío.

ROSALUZ.— ¡Debes hacer un esfuerzo!

SANTIAGO.— Un esfuerzo, ¿dices?… *(Reflexivo)* Quizás tengas razón… En estos días todo puede suceder… ¡faltan tan pocos detalles!… Rosaluz, ¡valga el plazo! En un mes sabré a qué atenerme.

ROSALUZ.— *(Abrazándolo)* ¡Bravo, Santiago!… Pero ¿me lo prometes seriamente?

SANTIAGO.— Seriamente, Rosaluz.

ROSALUZ.— ¡Mi madre se pondrá contenta!… ¿Y qué cosa harás en este mes? ¿Venderás tu tienda?

SANTIAGO.— No sé…

ROSALUZ.— ¿Entrarás en la marina?

SANTIAGO.— No sé, no sé, Rosaluz… no me preguntes nada. Déjalo todo por mi cuenta. Lo único que te digo es que haré algo importante.

ROSALUZ.— ¡Será una gran sorpresa para mí!

MARÍA.— *(Aparece sofocada, con un ramillete de jazmines en la mano)* ¡Ave María Purísima! Buscando al jazminero por toda la ciudad. Lo encontré en la calle del Gato, cerca de la farmacia.

SANTIAGO.— *(Mirando el ramillete)* ¿De dónde has sacado eso?

ROSALUZ.— ¡Qué lindo ramillete!

MARÍA.— El señor Duque me pidió en secreto que lo comprara.

ROSALUZ.— *(Cogiéndolo)* ¿Es para mí?

MARÍA.— Debe usted ponérselo en el pelo. A la derecha, como lo usan las mujeres

solteras.

(Rosaluz se lo pone).

SANTIAGO.— Si todo marcha bien, pronto lo usarás a la izquierda.

ROSALUZ.— El Duque es muy gentil.

SANTIAGO.— Debería estar celoso, pero esta noche me siento particularmente fuerte; no me asustan los Duques ni los Virreyes.

ROSALUZ.— Bien, Santiago, te dejamos solo. *(Lo besa con ligereza).*

MARÍA.— *(Mientras sale)* Por la Catedral vi pasar a su amigo Basilio. Iba corriendo y su capa flotaba, parecía un cóndor.

SANTIAGO.— *(Interesado)* ¿Cómo dices?

MARÍA.— Que corría como alma que lleva el diablo.

SANTIAGO.— ¡No! Algo más dijiste.

MARÍA.— Que parecía volar, como un cóndor.

SANTIAGO.— ¡Como un cóndor! Eso es… ¿y dices que su capa flotaba?

MARÍA.— Sobre sus hombros.

SANTIAGO.— Volaba como cóndor.

ROSALUZ.— *(Saliendo)* Hasta pronto, Santiago. Y acuérdate de lo prometido. Deja a un lado las quimeras y pórtate bien.

(Desaparece con María por la izquierda. Santiago queda ensimismado. Luego comienza a pasearse por su tienda, excitado).

Escena quinta

BASILIO.— *(Aparece corriendo)* ¡Escóndeme, Santiago, que me persiguen los alguaciles!

SANTIAGO.— *(Sin inmutarse)* Me dicen que volabas, como un cóndor.

BASILIO.— ¡Por amor de Dios! ¿Quieres verme ahorcado en la Plaza Mayor?

SANTIAGO.— No hablemos de esas cosas, hay algo más importante.

(Se escuchan pasos precipitados).

BASILIO.— ¡Ya están aquí!

(Desaparece por la trastienda. Dos alguaciles se detienen en la puerta de Santiago).

ALGUACIL I.— ¿Ha visto pasar a un hombre embozado en una capa?

SANTIAGO.— No me pregunten nada.

ALGUACIL I.— ¿No reconoce nuestros distintivos? Somos los alguaciles de la villa.

SANTIAGO.— Sigan buscando. Con paciencia todo se encuentra.

ALGUACIL.— *(Al alguacil II)* Este hombre está enajenado. *(Siguen su camino).*

BASILIO.— *(Aparece por la trastienda)* ¿Se fueron ya?

SANTIAGO.— Estoy obcecado, Basilio, perdóname… *(Se golpea la frente)* Esta cabeza anda mal… ¿Has cometido algún crimen?

BASILIO.— Ha sido Baltazar.

SANTIAGO.— ¡Vamos! ¿Qué cosa ha hecho ese demonio?

BASILIO.— Déjame que te cuente. Salimos de aquí juntos, ¿recuerdas? Cuando llegamos al puente, Baltazar me dijo: «No te muevas de aquí. Cuando veas pasar a la mujer que te indicaré, te acercarás a ella y le preguntarás cualquier cosa». Baltazar se apoyó en la baranda y yo quedé esperando su señal. «Allí viene», me dijo de pronto. Era una mujer que tú, yo y todo Lima conoce porque Baltazar hace tres años que enloquece por ella.

SANTIAGO.— ¡Mariquita!

BASILIO.— La misma. Cuando estuvo cerca, me adelanté y le pregunté: «¿Dónde venden la gallina de los huevos de oro?»… Baltazar, que estaba agazapado, saltó a sus espaldas con la tijera en la mano…

SANTIAGO.— ¡La mató!

BASILIO.— Algo peor: cortó la trenza de un solo tijeretazo, saltó el vellocino encantado… La bella gritó… Dos alguaciles remontaban el puente. ¡Ya podrás imaginarte!… Baltazar salió disparado hacia el Rastro de San Francisco y yo volé hacia la Catedral.

SANTIAGO.— ¿Lo habrán cogido?

BASILIO.— Él es más ágil que yo y se dio maña para despistarlos. Fue a mí a quien persiguieron.

SANTIAGO.— ¡Esa historia merece un buen vaso de vino! A Mariquita la llamarán, de ahora en adelante, Mariquita La Pelona…[8] ¡Yo también me siento eufórico esta noche!

BASILIO.— Lo noto. ¿Vino Rosaluz?

SANTIAGO.— ¡Ha venido hasta un Duque a visitar mi pocilga!… Pero no es eso lo que me tiene trastornado. Basilio: creo que te voy a revelar un gran secreto.

BASILIO.— ¡Vamos!, échalo de una vez.

SANTIAGO.— Pero no sé cómo explicarlo, ni por dónde comenzar.

BASILIO.— Comienza por el fin, si te es más fácil.

SANTIAGO.— ¿Tú sabes por qué vuelan los pájaros?

BASILIO.— ¡Por Judas Iscariote! ¡Sabía que me ibas a salir con una de esas historias!

SANTIAGO.— Esta vez hablo en serio. Es un asunto tan grave que en él va mi salud, y no solamente la mía.

BASILIO.— ¿Me asustas, Santiago?

SANTIAGO.— Repito: ¿Sabes tú por qué vuelan los pájaros?

BASILIO.— Porque tienen alas, me imagino.

SANTIAGO.— Es una respuesta muy simple… ¿Ves esta hoja de papel? *(La coge y la arruga)* Si yo hago una bola con ella y la dejo caer *(la suelta)*, el papel caerá directamente al suelo.

BASILIO.— Así veo.

SANTIAGO.— En cambio, si a esta otra *(coge otra)* le doy otra forma *(la dobla suavemente por la mitad)*, y la suelto, a pesar de ser igual a la primera y tener el mismo peso, se mantendrá un momento en el aire.

(Deja caer la hoja).

BASILIO.— Naturalmente.

SANTIAGO.— Todo consiste en encontrar una forma tan perfecta que los objetos se mantengan en el aire en lugar de precipitarse.

BASILIO.— ¿Y cuál es esa forma?

SANTIAGO.— La forma ya la he encontrado. Lo que falta es el impulso.

BASILIO.— Pero ¿adónde te llevará todo esto?

SANTIAGO.— A una sola cosa: el hombre puede volar.

BASILIO.— *(Cogiéndose la cabeza)* ¡Pero, Santiago! ¡Estás loco! Deberías hacerte exorcizar.

SANTIAGO.— No en vano he estudiado a los pájaros durante diez años. He hecho y

roto cientos de diseños. Mi desván guarda los rastros de todos mis proyectos. Pero el diseño que ahora tengo en mente no me puede fallar. Basilio: se trata de un gran invento.

BASILIO.— No te creo una palabra, Santiago, pero me entusiasmas. Además, todo es posible en esta miserable creación.

SANTIAGO.— ¿Te imaginas, Basilio, al hombre atravesando los espacios? ¿Volando a la velocidad del cóndor? Un día bastará para llegar a Panamá. Se podrá atravesar los mares más rápido que las carabelas. En tres etapas se llegará a la Metrópoli: ¡Un día hasta Portobelo, otro hasta La Habana y otro hasta Madrid! ¡Es posible, Basilio, es posible!

BASILIO.— ¡Si aquello resulta te llamarán Santiago, el volador!

SANTIAGO.— De aquí a un mes terminaré mi último diseño. Me falta examinar algunos tipos de aves, un cóndor, entre otros. Luego escribiré una Memoria y la presentaré al Virrey. ¡Mi invento será una revolución!

BASILIO.— Si Amat te recibe, estás salvado. ¡Te volverás rico!

SANTIAGO.— Eso vendrá por añadidura. Lo importante es superar a las aves, conquistar el aire y darle al hombre el dominio total del universo.

BASILIO.— ¡Bravo, Santiago! Hablas como un poeta. Ahora soy yo quien te ofrece un vaso de vino.

SANTIAGO.— Esta vez, creo habérmelo ganado con todo derecho. *(Apaga el quinqué y coge su capa)* Vamos a buscar a Baltazar para bebernos unas copas en el Doblón de Oro.

(Cierra la puerta. Ambos se cogen del brazo y mientras se retiran de la escena, Basilio va cantando la copla de Santiago, el volador).

Santiago, de pajarero
se convirtió en inventor,
ya no le pidan romero
para el pájaro cantor.
Santiago, dice el coplero,
gana el cielo con primor,
desde hoy, mi compañero
¡es Santiago, el volador!

TELÓN

Cuadro tercero

En el palacio del Virrey Amat

AMAT.— *(Entrando, a su secretario)* ¿Quién es ese hombre?

SECRET.— Santiago de Cárdenas, su Excelencia.

AMAT.— Sí, pero ¿quién es?

SECRET.— Hace quince días que solicita una audiencia de Usía.

AMAT.— ¿Es contribuyente? ¿Tiene algún oficio?

SECRET.— Es pajarero.

AMAT.— ¿Y para qué lo dejan entrar?

SECRET.— Ha inventado algo, no sé exactamente qué. Además, el Duque de San Carlos lo ha recomendado.

AMAT.— ¡El Duque de San Carlos! Debe de haber de por medio un asunto de faldas. Que se acerque. *(Llega al sillón).*

SANTIAGO.— *(Profunda inclinación)* A los pies de su Excelencia.

AMAT.— *(A Santiago)* Sea breve. *(A su secretario)* ¿Ha llegado mi barbero?

SECRET.— *(Desolado)* Su Excelencia, una mala nueva. Su barbero ha sufrido un accidente.

AMAT.— ¡Tengo que ir a comer a Miraflores, a casa de mi primo Amat de Ricoberti! ¿Qué cosa voy a hacer?

SECRET.— Hemos encargado que consigan un reemplazo.

AMAT.— A buena hora. *(A Santiago)* ¿Decía usted?

SANTIAGO.— Soy Santiago de Cárdenas, pajarero de oficio, ex grumete de la Marina Real e inventor por vocación y temperamento.

AMAT.— *(Al secretario)* Hermosa colección de títulos. *(A Santiago)* Continúe usted.

SANTIAGO.— He escrito una Memoria de 270 páginas que presento a consideración de su Excelencia. *(Extiende el grueso manuscrito).*

AMAT.— *(Sin cogerlo)* ¿Y qué quiere usted que haga con eso? ¿Que lo lea? Mi vista anda muy mal por estos tiempos y no leo sino las cosas que me entretienen.

SANTIAGO.— Le aseguro a su Excelencia que su lectura será sumamente ilustrativa.

AMAT.— ¿De qué se trata?

SANTIAGO.— Del arte de volar.

AMAT.— *(Al secretario)* Este hombre está loco. *(A Santiago)* ¿De volar decía usted? ¿Por los aires? *(Imita con su mano al vuelo de una mariposa)* ¿Así?

SANTIAGO.— De volar en un aparato de mi invención.

AMAT.— *(Coge el manuscrito)* ¡Y ello está contenido aquí!

SANTIAGO.— Con todo lujo de detalles.

(Ruido en la puerta de la izquierda. Voces confusas).

AMAT.— *(A Santiago. Entregándole el manuscrito)* Tenga un momento. *(Al secretario)* Le he advertido mil veces que no tolero interrupciones. ¿Qué batahola es ésa? ¡Que no me interrumpan!

SECRET.— Salgo en este momento a ver. *(Sale por la izquierda).*

AMAT.— Sucede que mi alto cargo se encuentra siempre bajo amenaza de imprevistos asuntos de Estado. Los Gobernadores, los Corregidores, los Oidores me asaltan sin interrupción y no me dejan un momento de reposo. Continúe usted que lo escucho con suma atención. *(Vuelve el secretario)* ¿Y qué hay de ese barbero que todavía no aparece?

SANTIAGO.— Decía a su Excelencia que después de diez años de estudios he logrado diseñar un aparato que pueda transportar al hombre por los aires.

AMAT.— *(Distraído)* Y dígame usted… ¿Cuál es su nombre?

SANTIAGO.— Santiago de Cárdenas, su Excelencia.

AMAT.— De Cárdenas, sí, sí… ¿un aparato, decía usted…?

SANTIAGO.— Para volar por los aires.

AMAT.— ¡Válgame Dios! ¿Y eso es posible?

SANTIAGO.— Puedo argumentar, si le place a su Excelencia.

AMAT.— ¡Por favor, nada de argumentaciones!

SANTIAGO.— Si pudiera usted leer mi Memoria y luego prestarme la ayuda suficiente para construir mi ingenioso instrumento…

AMAT.— *(Sobresaltado)* ¿Ayuda, dice usted?

(Por la derecha, aparece el secretario seguido del barbero, que trae sus implementos en una bolsa).

SECRET.— El barbero Esteban Gonzalves.

BARBERO.— *(Profunda inclinación)* Es un alto honor para mí poder servir a nuestro Excelentísimo Virrey.

AMAT.— *(Al barbero)* ¡Ya está usted aquí! ¿Sería capaz de despacharme en cinco minutos? *(Saca su reloj)* Tengo una reunión importante. Si se expide usted con fineza, lo recompensaré debidamente.

BARBERO.— A las órdenes de su Excelencia. ¿Cómo quiere que le haga la barba?

AMAT.— Sin chistar. *(Al secretario)* Que no se reciba una persona más esta mañana. Remita para otra ocasión las audiencias pendientes. *(El secretario sale por la derecha mientras el barbero extrae de su bolsa una jabonera, una brocha, una*

navaja y un mandilillo blanco con el que cubre al Virrey como lo hacen los peluqueros de hoy y comienza su trabajo. Amat a Santiago) Lo escucho, señor de Cárdenas. *(El barbero, al percibir la presencia de Santiago, deja caer su brocha)* ¿Así empieza usted su trabajo?

BARBERO.— Mil perdones, Excelentísimo señor. *(Recoge la brocha y jabona la cara del Virrey).*

SANTIAGO.— Su Excelencia sabrá que el trabajo del inventor es muy sacrificado. He consumido toda mi bolsa en estudiar y llevar a cabo mi proyecto. Confío por lo tanto en que mi Memoria merecerá la atención de su Excelencia y la ayuda de la corona.

AMAT.— *(Al barbero)* No me vuele usted las patillas. *(A Santiago)* Naturalmente. Pero antes de tomar una determinación… *(El Duque de San Carlos ingresa por la puerta de la derecha)* No lo esperaba tan temprano, señor Duque. ¡Qué gratísima sorpresa!

DUQUE.— Como el asunto atañía directamente a su Excelencia me he preocupado en informarlo con prontitud. *(Distinguiendo a Santiago)* Veo que atiende usted a mi recomendado.

AMAT.— ¿A su recomendado? En efecto, me está contando cosas muy divertidas. Bueno, ¿y a qué conclusiones ha llegado usted?

DUQUE.— *(Confidencial, sacando unos papeles)* ¿Es necesario sujetarse a los planos y presupuestos del arquitecto Torrella?

AMAT.— Sin duda alguna. Quiero que este teatro sea un primor. Desde hace años abrigo la esperanza de tener un teatro en mi propio palacio para el uso exclusivo de mis actores preferidos.

DUQUE.— La verdad es que las arcas del Virreinato se encuentran un poco exhaustas y no veo la forma de financiar una construcción tan lujosa.

AMAT.— Pero, mi querido Duque, por algo es usted experto en finanzas y enviado especial de la Metrópoli. Hay que ver la forma de aumentar los ingresos.

DUQUE.— La única forma es creando nuevas contribuciones.

AMAT.— Cree usted todas las que juzgue convenientes. Pero eso sí, procure no gravar a la gente de sangre. Aquello siempre ocasiona dolores de cabeza.

DUQUE.— Gravaremos a la Iglesia.

AMAT.— En todo caso, no toque usted al alto clero. Limítese a los curas provinciales.

DUQUE.— ¿Y a los comerciantes?

AMAT.— Con ellos hay que proceder cautelosamente. Suprímales unos gravámenes y créeles otros nuevos, de modo que a la postre resulten dando más de lo que ahorran.

DUQUE.— ¿Y al pueblo?

AMAT.— ¡Oh, por él no se preocupe! Mi querido pueblo resiste todo. Le daremos espectáculos y algún buen escándalo que entretenga sus pasiones y apacigüe su

humor.

DUQUE.— Pues si usted me da carta blanca en estos asuntos, le aseguro que su teatro será financiado con creces.

AMAT.— Enhorabuena, mi querido Duque. Y disculpe usted que lo haya recibido en este atuendo.

DUQUE.— La semana próxima tendré listo mi nuevo plan de impuestos. *(Hace una reverencia y se retira por la derecha).*

AMAT.— *(Suspira)* Oficio delicado es gobernar tierras tan grandes como incultas. Han pasado cinco minutos y aún no me quita de la cara esta lavaza.

BARBERO.— En el acto, excelentísimo señor.

AMAT.— *(A Santiago)* Prosiga usted, señor de… ¿Cómo me dijo?

SANTIAGO.— De Cárdenas, su Excelencia.

AMAT.— Me hablaba usted de…

SANTIAGO.— De un aparato volador cuyos detalles constan en esa Memoria.

AMAT.— ¿Pero se da usted cuenta exactamente de lo que dice?

SANTIAGO.— Su Excelencia, quienes me conocen pueden testimoniar de mi absoluta seriedad y mi buen juicio.

(El barbero tose).

AMAT.— ¿Qué le sucede?

BARBERO.— Disculpe, su Excelencia, pero sucede que desde hace quince años soy vecino del señor de Cárdenas.

AMAT.— Interesante referencia.

BARBERO.— Puedo testimoniar que el señor de Cárdenas es una persona honorable que se dedica a criar pájaros.

AMAT.— ¿Sabía usted que era inventor?

BARBERO.— Confieso humildemente que lo ignoraba.

AMAT.— ¿Es posible, señor de Cárdenas? ¡Es usted entonces, un inventor desconocido! ¡Jamás se ha visto un caso semejante! ¿Qué títulos ostenta usted para dedicarse a esa clase de trabajos?

SANTIAGO.— No ostento otros títulos que mi talento, y mis trabajos los he realizado siempre en medio del mayor secreto.

AMAT.— Su respuesta no me satisface. ¿No será su invento una patraña para llegar a mí y pedirme alguna sinecura? Será tal vez mejor que haga usted antes méritos suficientes para aspirar a una audiencia del Virrey. Además, su Memoria tiene un formato intimidante. Yo no estoy en la edad de leer. Yo releo.

SANTIAGO.— Pero, su Excelencia, permítame…

AMAT.— *(Al barbero)* ¿Terminó usted?

BARBERO.— En el acto, su Excelencia. *(Le quita el mandil y le presenta un espejo*

para que se mire).

AMAT.— *(Observándose)* No está del todo mal. Tiene usted ingenio para su oficio. Déjele a mi secretario una tarjeta con sus señas personales. Pronto tendrá noticias mías. *(El barbero comienza a guardar sus utensilios en su bolsa. Amat a Santiago)* Vamos, señor, ¿todavía sigue usted allí?

SANTIAGO.— Esperando la decisión de su Excelencia.

AMAT.— *(Se levanta)* Admiro su constancia, señor de Cárdenas. Pero usted mismo es testigo de que pese a mi buena voluntad no he tenido tiempo de ocuparme de usted como lo merece. Haría usted bien en regresar en otra ocasión. *(Desciende del estrado).*

BARBERO.— *(Que ha guardado sus utensilios)* Beso los pies de su Señoría y declaro que ha sido para mí un altísimo honor el haber puesto mi arte a su servicio.

AMAT.— Vaya usted con Dios. *(Sale el barbero. Amat al secretario)* Vea usted si está lista mi carroza. *(Comienza a caminar hacia la puerta de la izquierda).*

SANTIAGO.— *(Lo persigue)* Su Excelencia, permítame insistir. Lo que esta Memoria contiene es el fruto de diez años de trabajo. Han sido diez años extremadamente duros y que he soportado con ejemplar paciencia. Pero ahora veo que tanto más difícil que crear algo, es merecer la atención de los poderosos. El talento inspira siempre recelo. Yo no pretendo, además, ninguna distinción ni beneficio.

AMAT.— *(Impaciente)* Pero, en suma, ¿qué cosa es lo que pretende usted?

SANTIAGO.— Que su Excelencia se digne echar una mirada a mi Memoria. *(Extiende el manuscrito).*

AMAT.— *(Sin cogerlo)* ¡Un aparato volador! Bonito trabajo van a tener mis profesores. *(Al secretario que vuelve)* Reciba usted esta Memoria, y hágala llegar a nuestro primer matemático, don Cosme Bueno y Larrazábal, para que presente su informe. *(A Santiago)* Está usted servido. *(Sale por la puerta de la izquierda).*

TELÓN

Cuadro cuarto

Informe de don Cosme Bueno

Salón de Actos de la Universidad de San Marcos[9]*. A la derecha, perpendicularmente al escenario, larga mesa verde destinada al cuerpo docente. Al fondo, siempre a la derecha, tribuna para el orador. Al centro, galerías para el público. Puerta a la izquierda.*
Al levantarse el telón la parte alta de las galerías se encuentra ocupada por el público. Sigue llegando gente.

UN HOMBRE.— *(A su vecino)* ¿Qué va a suceder aquí?

VECINO.— ¿No lo sabe usted? Va a informar don Cosme Bueno.

UN HOMBRE.— ¿Sobre qué cosa?

VECINO.— Eso nadie lo sabe, ni tampoco interesa. Es suficiente con el discurso de sabio tan ilustre.

UN HOMBRE.— *(Señalando)* El Duque de San Carlos.

(Aparece por la derecha el Duque de San Carlos acompañado de Rosaluz y se emplazan en la primera fila de la galería).

VECINO.— ¡Hola! Y allí tenemos a Santiago. ¿Qué cosa querrá aquí este pajarero?

UN HOMBRE.— He oído decir que ha inventado algo.

DUQUE.— *(A Rosaluz)* Su novio está tan nervioso que ni siquiera nos ha visto.

ROSALUZ.— Yo también me encuentro muy nerviosa, señor Duque. Preferiría no haber venido.

DUQUE.— Ya le he advertido que esta ceremonia constituirá una gran sorpresa para usted.

(Por la derecha aparece el cuerpo docente compuesto por cinco miembros que llevan togas y cintas en el pecho. Avanzan con grave teoría y se acomodan en la mesa verde. Pausa. Expectativa. Los viejos miran hacia atrás como esperando la llegada de alguien. Murmullos en el público: «¡Allí está don Cosme Bueno!». Por la derecha aparecerá un hombre gordo, pequeño y calvo, cargado de gruesos libros y manuscritos. Se dirigirá sonriente hacia la tribuna y se emplazará en ella. Pausa).

COSME B.— Ilustrísimos señores profesores de la Real y Pontificia Universidad Mayor de San Marcos. *(Al Duque)* Excelentísimo representante de nuestro Virrey. *(A Santiago)* Señor. *(Pausa)* Henos aquí reunidos en esta Magna Asamblea para dar lectura al informe que luego de laborioso estudio he redactado sobre la Memoria presentada por Santiago de Cárdenas, pajarero, acerca de un nuevo sistema de navegación por los aires.

(En el público, murmullos y exclamaciones de sorpresa).

DIRECTOR DEL CUERPO DOCENTE.— *(Agitando la campanilla)* ¡Silencio! *(A Cosme)* Prosiga usted.

COSME B.— *(Agitando el manuscrito de Santiago)* Esta voluminosa Memoria de 270 páginas y 16 dibujos contiene una invención, según la cual, al hombre le sería posible dominar el aire como las aves y atravesar grandes espacios venciendo las leyes de la gravitación. Confieso que en mi larga vida de matemático y físico no he encontrado proyecto de suyo tan difícil y novedoso. No escapa, pues, al criterio de mi ilustrísimo auditorio la necesidad de examinar con atención los pormenores de esta teoría. *(Coge el manuscrito de su informe)* He dividido mi trabajo en dos partes: la primera versa sobre las objeciones teóricas al arte de volar. A la primera objeción teórica la llamo objeción de las alas infinitas. El señor de Cárdenas afirma que para que un hombre se sostenga en el aire basta dotarlo de un sistema de alas fabricadas de un material liviano. Estas alas, debido a su gran superficie, tendrían por objeto ofrecer resistencia a la fuerza de la gravedad e impedir la caída del cuerpo volátil. Ahora bien, por livianas que sean estas alas, tienen un peso, y para que ese peso no origine la caída, será necesario colocar otras alas para las alas. Pero a su vez, este nuevo juego de alas, que también pesa, requerirá otro juego de alas que las sostenga y éste a su vez otro y así indefinidamente. De este modo, el ingenio volador del señor de Cárdenas será un encadenamiento infinito de alas.

(Santiago levanta la mano para responder, pero el director del cuerpo docente le indica que se calle).

DIRECTOR.— No ha llegado su turno, señor de Cárdenas.

COSME B.— Segunda objeción, llamada objeción del cerro de aire. Los observadores de las grandes aves, entre otros, el Abate de Pluchet, en el tomo séptimo de su *Espectáculo de la Naturaleza*, sostiene que los grandes pájaros, para levantar el vuelo, necesitan correr y al mismo tiempo ir moviendo las alas de tal manera que vayan acumulando delante suyo masas de aire, masas que van formando un cerro sobre el cual se suben hasta alcanzar el espacio. *(Movimiento de aprobación en el cuerpo docente)* Ahora bien, al hombre le sería imposible correr y al mismo tiempo agitar las alas mecánicas y *ergo*, no pudiendo formar el cerro de aire, su vuelo será imposible.

UN HOMBRE.— Eh, inventor, ¿por qué no te dedicas a fabricar sombreros? *(Risas).*

COSME B.— La objeción tercera… carece de nombre. Me ha sido sugerida por uno de los sabios anatomistas del cuerpo docente de esta Universidad, a quien agradecemos sus utilísimos servicios. El secreto del vuelo de las aves reside en que las aves carecen de hiel.

SANTIAGO.— *(Se levanta)* ¡Protesto! *(A Cosme Bueno)* ¿A cuántas aves ha anatomizado usted? Yo he pasado mi vida ocupado en estos trabajos y puedo

asegurar que todas las aves tienen hiel. Pero aun si no la tuvieran, el detalle carece de interés. Yo no trato de darle al hombre los atributos internos de las aves sino tan sólo sus atributos externos.

UN HOMBRE.— ¡Que se calle!

DIRECTOR.— *(A Santiago)* Debe usted esperar que el catedrático de Prima de Matemáticas termine su informe.

COSME B.— Cuarta objeción, titulada objeción del silencio de los filósofos. Ni Aristóteles, ni Platón, ni Plotino, ni Santo Tomás, ni Duns Scoto, ni el Reverendo Padre Bernardino de la Orden Carmelita, se ocupan en sus sapientes tratados de la posibilidad en el arte de volar. Toda nuestra ciencia está contenida en los filósofos de la antigüedad. Nosotros no somos más que humildes glosadores dedicados a comentar e interpretar los textos inmortales. Quien intente salirse de este sendero se precipitará de las nubes de sus quimeras en el abismo del error. *(Aplausos. Cosme Bueno prosigue)* Quinta objeción, llamada objeción de la armonía de la naturaleza. *(Pausa)* Dios Creador ha distribuido los seres de tal manera y perfección que unos, los peces, tienen el dominio del mar; otros, las aves, el dominio del cielo; y al hombre pertenece el dominio de la tierra. Si Dios Creador hubiera querido dar al hombre el dominio del aire lo hubiera dotado de alas. Dentro de su omnipotencia divina aquello era posible.

SANTIAGO.— *(Interrumpiendo)* ¡Protesto! *(A Cosme Bueno)* ¿Pretenderá Vuesa Merced que el hombre no tiene el dominio del mar? ¿Cómo nos trasladamos de aquí a la Metrópoli sino a través de los océanos? ¡Y para ello no ha sido necesario que al hombre le salgan agallas! Ha sido suficiente inventar los bajeles y las carabelas.

(El director agita su campanilla. Santiago se sienta).

COSME B.— El señor inventor ignora, tal vez, que me encuentro en la parte teórica de mi discurso.

UN HOMBRE.— ¡Santiago se encuentra en las nubes!

VECINO.— ¡Baja volando, Santiago!

DIRECTOR.— ¡Orden, señores! *(A Cosme)* Continúe haciendo uso de la palabra, ilustre profesor.

COSME B.— Sexta objeción, llamada objeción teológica. La invención del señor de Cárdenas tiene un marcado sabor herético y sin duda altamente pecaminoso. En un pasaje de las Sagradas Escrituras, encontramos la siguiente sentencia: «El hombre ha sido creado para trabajar». Si el hombre se ocupa de remontar los aires desvirtúa los designios del Todopoderoso, quien lo ha creado exclusivamente para el trabajo. Tenemos, en la antigüedad el caso de Ícaro…

SANTIAGO.— ¿Y cree usted, señor catedrático, que volar no es un trabajo? Es uno de los trabajos más serios y difíciles a los que se puede aplicar el hombre. Tan

difícil y serio es que nadie ha osado emprenderlo y quienes lo han osado…

UN HOMBRE.— ¡Que se calle!

DIRECTOR.— Por tercera vez, señor de Cárdenas, le ruego que no interrumpa. A la próxima nos veremos obligados a suspender esta Magna Asamblea. *(A Cosme)* Prosiga usted, ilustrísimo doctor.

COSME B.— Quienes han osado volar, justamente, como Ícaro, se precipitaron desde los aires y perecieron víctimas de sus quimeras. En este mito debemos ver una enseñanza. El Todopoderoso lo castigó por tratar de escaparse a su condición de criatura terrestre. Ícaro quiso hacer lo que al hombre le está, por ley natural y divina, negado. Compararse a los ángeles, arcángeles, serafines y querubines. Dios se opone al vuelo de los hombres y pretender lo contrario es no solamente absurdo sino herético. *(Pausa larga).*

ROSALUZ.— *(Al Duque)* ¿Cómo se atreve Santiago a enfrentarse a tales eminencias?

DUQUE.— *(Risueño)* Santiago, el pajarero, es muy ingenioso.

ROSALUZ.— Yo lo veo ridículo. No debe estar en sus cabales.

COSME B.— Señores: Nos ocuparemos ahora de las objeciones de orden práctico. Señores, les pido a ustedes que hagan un desmesurado esfuerzo de imaginación y que se representen al hombre atravesando los aires en un ingenioso instrumento. Admitamos que aquello sea posible. ¿Qué cosa sucedería? Después de larga reflexión he llegado a la conclusión de que sucederían cuatro cosas, es decir, cuatro accidentes inevitables. Primero: el aparato volador sería inmediatamente atacado por las otras aves. ¿Se imaginan ustedes la reacción de las águilas, cóndores, halcones al ver invadido su dominio por organismo volátil desconocido? Estas grandes aves agresivas y carnívoras se abatirían sobre el ingenio volador y lo derribarían a tierra. Estoy seguro que el señor de Cárdenas no ha considerado esta eventualidad. *(Pausa)* Pero existe un segundo peligro. Al atravesar los montes y quebradas y las selvas, como pretende nuestro inventor, para llegar hasta Portobelo, los nativos de aquellas regiones incultas y aun los cristianos inadvertidos, lanzarían saetas contra el ingenio volador y tiros de arcabuz hasta derribarlo. Y si por milagro o buena fortuna el ingenio volador saliera ileso de esta travesía, tendría aún que atravesar los mares para llegar a la Metrópoli. Pero sin duda alguna, al volar sobre el alto mar sería absorbido por el piélago, como sucede con las aves que se aventuran lejos de la costa o con los barcos que van a la deriva. *(Pausa)* En fin, un último y más grave accidente puede sobrevenir. No ignoran ustedes que las alturas del aire están más expuestas a los calores de la luz solar que la tierra firme. Si se sobrepasa cierta altura se corre el riesgo de las quemaduras. El ingenio volador del señor de Cárdenas sería inevitablemente consumido por el fuego. Caería al suelo entre grandes llamaradas y este final apoteósico sería la mejor prueba del carácter infernal y monstruoso de tal invención.

VECINO.— ¡Que saquen de aquí al pajarero!

DIRECTOR.— *(Campanilla)* ¡Pido calma, ilustre público! El profesor don Cosme Bueno aún no ha terminado su exposición.

COSME B.— No quiero dilatar más este discurso. Me parece que ha quedado suficientemente demostrado, con ejemplos y argumentos, el carácter irracional de la Memoria presentada por el señor de Cárdenas. Quiero agradecer a nuestro ilustrísimo Virrey quien ha encomendado a mis pobres luces la refutación de tan peregrina teoría y a mis leales colegas *(señala al cuerpo docente, uno de cuyos miembros se ha quedado dormido)*, cuya comprensión y estímulo me han alentado en todo momento. Una vez más, esta ilustre Casa de Estudios, pozo de ciencia y de saber, sale en nombre de la verdad, para refutar a los advenedizos y audaces sostenedores de nuevas teorías.

DIRECTOR.— *(De pie, agita su campanilla)* ¡Silencio, señores, por favor! *(El público se calla)* Luego de este admirable discurso de nuestro catedrático de Prima de Matemáticas, don Cosme Bueno, discurso que pasará sin duda a los anales de esta universidad, tendremos ocasión de escuchar la respuesta del objetado, señor de Cárdenas…

EN LA GALERÍA.— ¡No! ¡Que no hable! ¡Que se calle! ¡Basta de cuentos! ¡Que lo echen afuera!

DIRECTOR.— *(Agitando la campanilla)* ¡Calma, distinguido público! No podemos contravenir los reglamentos de los debates. *(A Santiago, que se levanta en el más profundo silencio)* Tiene usted la palabra, señor de Cárdenas.

SANTIAGO.— Señores miembros del cuerpo docente. *(A las galerías)* Distinguido público. *(Pausa)* He querido dedicar mi invento a mi patria, el Perú, y a la ciudad de Lima, donde he nacido. Pero me ha bastado ingresar en esta ilustre sala, para sentirme extraño, como si no estuviera en mi país, sino más bien en un país extranjero. Todo inventor, por naturaleza, es un extranjero. Mi Memoria no ha tenido la acogida que esperaba ni entre los profesores de esta Universidad ni entre mi querido pueblo. Creo que no me entretendré en refutar los especiosos argumentos del profesor Cosme Bueno. Carecen de réplica porque carecen de realidad.

(Protestas en las galerías).

COSME B.— *(Interrumpiendo)* ¿Ha leído usted a Juanini?

SANTIAGO.— No, señor doctor. Ignoro quién es ese autor y probablemente lo ignoraré toda mi vida. Pero por más que este autor y otros que usted sabe de memoria digan, no cejaré en mi empeño. Para volar, felizmente, no es necesario saber griego ni latín. Lo que yo pido solamente es que se me dé la oportunidad de poner en prácticas mis teorías. Ustedes con sus retóricas y su arte de la discusión son capaces de probarlo todo o negarlo todo. Pero yo quiero medirme con

ustedes en el terreno de los hechos. Es en ese terreno donde pienso salir victorioso.

DIRECTOR.— ¡Se matará usted! No queremos echar sobre nuestros hombros tamaña responsabilidad.

SANTIAGO.— El que muera o no, corre por mi cuenta. ¿Qué importancia tendría mi muerte? Además, y quiero insistir sobre esto, yo no sostengo que mi sistema de navegación sea perfecto. Debe tener muchos defectos, pero de ellos sólo podremos percatarnos cuando lo pongamos en práctica. Si tengo que sacrificarme, lo haré gustoso. Déjeme al menos la satisfacción de intentar un arte que quizá ocupe a todos los hombres del futuro.

COSME B.— *(Al director)* En vista de que el objetado no se constriñe a rebatir mis argumentos, sugiero, señor presidente, que se levante esta Magna Asamblea.

SANTIAGO.— ¡Protesto!… ¡Protesto en nombre de la razón!

COSME B.— ¡La razón, señor, está en los libros y usted no ha leído nada!

SANTIAGO.— ¡Protesto en nombre de la libertad de investigación!

COSME B.— ¡Hay cosas, señor, que no deben ser investigadas porque sus premisas son falsas y contrarían las leyes de la naturaleza!

SANTIAGO.— ¡Hago la promesa de autorizar el embargo de mis bienes, a favor de las personas que me faciliten los medios para llevar a cabo mi invento, y de pagar con presidio lo que adeudare!

COSME B.— ¿De qué presidio habla usted si no sobrevivirá a sus ensayos? ¡Su proyecto, en una palabra, es una locura!

EN LA GALERÍA.— ¡Una locura! ¡Eso es! ¡Santiago, el pajarero, ha perdido el seso!

DIRECTOR.— *(Agita la campanilla)* ¡Señores, se levanta la Asamblea!

(Alboroto en la galería. El cuerpo docente se pone de pie. El público también).

SANTIAGO.— *(Gritando)* ¡Una locura! ¡También decían que Colón estaba loco cuando se lanzó en tres carabelas a conquistar las Indias! ¡Y ahora ustedes viven, lucran, digieren, discuten y mueren en estas Indias inventadas por Colón! *(El cuerpo docente comienza a abandonar la escena por la izquierda. El público abandona la galería abucheando a Santiago)* ¿Una locura porque arriesgo mi vida? También es locura lidiar a los toros, bañarse en la mar, jugar a los dados, batirse en duelo. Y todo ello está consentido y autorizado por las leyes. ¡Locura es la de ustedes, señores doctores! ¡No hay locura más incurable que la prudencia!

(El público que sale se burla de Santiago).

UN CHUSCO.— ¡Santiago el volador!

OTRO.— ¡Santiago el loco!

OTRO.— ¡Santiago el mentiroso!

(El público abandona la sala. Quedan de pie, Santiago, y detrás suyo, Rosaluz y el Duque de San Carlos. Rosaluz sale rápidamente por la izquierda del Duque. Santiago queda solo, inmóvil al centro de la sala. Un bedel comienza a reacomodar las sillas. Sobre la mesa verde encuentra el manuscrito de Santiago, que han dejado olvidado. Tomándolo se acerca al pajarero).

BEDEL.— No olvide su manuscrito, señor inventor. Ya vamos a cerrar la puerta.

(Santiago despierta. Coge su manuscrito y se retira lentamente por la izquierda).

TELÓN

Cuadro quinto

En el portal de Botoneros

Mediodía. Santiago en su tienda da de beber a sus aves.

Escena primera

MARÍA.— ¿Está Ud. ahí, maese Santiago? Buenos días le dé Dios.

SANTIAGO.— Te esperaba, María. ¿Tienes alguna noticia?

MARÍA.— ¡Nada, vuesa merced! ¡Ni que lo hubiera tragado la tierra a su amigo Basilio! He recorrido todos los mesones que hay Abajo el Puente. ¡He entrado hasta en las tabernas! Por ningún sitio lo han visto. Dicen que a lo mejor la muerte se lo ha llevado a su madriguera.

SANTIAGO.— ¡Qué extraño! Desde la noche de la serenata no ha vuelto a dar señales de vida. Temo por él. En materia de amor es imprudente y no le arredran títulos ni pelucas.

MARÍA.— Si yo fuera dueña de mi tiempo, maese Santiago, seguiría buscándolo. ¡Pero, Ave María Purísima, con todo lo que tengo que hacer! De todos modos, si usted me necesita para algo ya sabe dónde encontrarme: en la Iglesia de las Nazarenas, en la misa de seis.

SANTIAGO.— Anda con Dios, María, y te agradezco de todo corazón tus servicios. *(María comienza a salir)* Espera… *(Vacila)* ¿Podrías darle una comisión a Rosaluz?

MARÍA.— *(Se acerca)* ¡Ay, maese Santiago! *(Acongojada)* Vuesa merced haría mejor en no pensar en ella. Mi ama ha cambiado mucho… Sobre todo ahora, que toda la ciudad se burla de usted y que hasta le inventan canciones… ¿Qué ha pasado, maese Santiago? Yo no entiendo de estas cosas, pero dicen por allí que es usted capaz de hacer volar a los hombres.

SANTIAGO.— Así es, María. He tenido la locura de afirmar eso. Y lo peor es que todavía lo sigo afirmando.

MARÍA.— Si es así, maese Santiago, ¿por qué no nos da unas alas a mí y a todos mis hermanos negros?

SANTIAGO.— *(Sonriente)* ¿Para qué?

MARÍA.— Nos iríamos volando y no volveríamos jamás. ¡Debe ser hermoso no tener dueño, como los pájaros, y volar libremente por toda la tierra!

SANTIAGO.— Lo que dices es cierto. Muchas cosas tienen que suceder. Tú y tus hermanos volarán libremente, como los pájaros.

MARÍA.— ¡Dios oiga a vuesa merced! Ahora me voy… Ya sabe para cualquier cosa, estoy en la Iglesia de las Nazarenas.

(Sale por la izquierda. Santiago queda en la puerta de su tienda, pensativo).

Escena segunda

SANTIAGO.— ¡Maese Gonzalves! *(El barbero se detiene)* ¿Puedo decirle dos palabras?

BARBERO.— ¡Ah, es usted, maese Santiago! ¿En qué puedo servirle? ¡Lástima que me encuentre tan ocupado!

SANTIAGO.— Es algo que le interesa.

BARBERO.— ¿Interesarme a mí?

SANTIAGO.— Veo que está perdiendo usted clientes por falta de espacio.

BARBERO.— No lo crea, maese Santiago. Ellos regresan siempre a mis manos.

SANTIAGO.— ¿Mantiene usted su oferta por mi local? Necesito una fuerte suma de dinero.

BARBERO.— ¡Ah, las vueltas que da el mundo! Me gusta verlo expresarse así. Pero, mi entrañable amigo, su local ya no me interesa. El Virrey me ha prometido uno más grande y mejor situado.

SANTIAGO.— Veo que le ha caído en gracia a nuestro honorable patrón. ¡Más valiera, en realidad, dedicarse a rapar barbas que a alimentar bellos sueños!

BARBERO.— Por simple curiosidad, ¿cuánto quiere usted por su local?

SANTIAGO.— Lo doy por doscientas onzas de oro.

BARBERO.— ¿Bromea usted, maese Santiago?

SANTIAGO.— Por ciento cincuenta.

BARBERO.— Prefiero esperar. Ya seguirá usted bajando. Día a día, conforme se aproxime el momento de su vuelo, la cifra disminuirá. Y cuando usted vuele ya no valdrá un céntimo. Hay que tener un espíritu comercial y esperar la mejor ocasión.

SANTIAGO.— ¿Y quién le ha dicho que voy a volar?

BARBERO.— ¡Tarde o temprano, usted terminará volando, maese Santiago! *(Se retira).*

SANTIAGO.— Pues si usted espera esa ocasión para adueñarse de mi local, le juro que no volaré.

BARBERO.— *(Ingresando a su negocio)* ¿Que no volará? Eso déjelo por mi cuenta. *(Entra a la barbería).*

Escena tercera

(Al fondo a la derecha se escucha una voz que viene recitando).

Santiago, de pajarero
se convirtió en inventor,
ya no le pidan romero
para el pájaro cantor.
Santiago, dice el coplero,
gana el cielo con primor,
desde hoy, mi compañero
es Santiago, el volador.

(Aparece Basilio, con su laúd y la barba crecida. Santiago se lanza en sus brazos).

SANTIAGO.— ¡Si no vienes del infierno, no sé de dónde vendrás!

BASILIO.— No te equivocas demasiado. Ayer por la noche los calabozos de la Inquisición me vomitaron. Veo el sol después de cuarenta días y eso me tiene contento. La vida es maravillosa, Santiago, cuando se recupera la libertad.

SANTIAGO.— ¿Y me dirás, por ventura, a qué se debió tu encierro?

BASILIO.— Un vejete enamoradizo y celoso me salió al paso y porque mi voz le disgustó, me acusó de herejía y de contumelia. Me he librado de una azotaina pública porque abjuré *in vehementi*. ¡Pero don Mateo de Amusquíbar me las pagará! ¡Preparo contra él una canción que hará reír a toda la Ciudad de los Reyes!

SANTIAGO.— Ahora me explico por qué razón no te encontraba. ¿Sabes que te he hecho buscar por todas las fondas y las pensiones de la Villa? En estos últimos días he necesitado mucho de tu compañía. Todos están contra mí. Por momentos me siento abandonado. El día de la Asamblea en la sala de San Marcos no había en las galerías un solo rostro amigo que me alentara. Ni siquiera el de Baltazar.

BASILIO.— ¡Ah, el pobre Baltazar! Lo primero que hice anoche fue pasar por su celda de San Francisco. ¿Me creerás si te digo que ha perdido el juicio? Los monjes dicen que es por efecto del vino. Pero lo cierto es que ha esculpido una figura de darle susto a cualquiera. Él mismo debe haber quedado espantado de su obra. Está sin conciencia y no reconoce a nadie.[10]

SANTIAGO.— ¡Válgame Dios! Los santos nos han dado la espalda. ¿Qué será de nosotros, Basilio? En este mundo no se puede vivir. Todo aquel que tiene algo nuevo que decir, algo grandioso que crear, despierta la envidia y la maledicencia de las gentes, y no le queda otro recurso que renunciar a sus designios o morir.

BASILIO.— *(Señalando hacia la izquierda)* ¡Mira, allí viene Rosaluz!

SANTIAGO.— ¡Por las diez mil vírgenes! ¡Y mi tienda está toda desarreglada!

(En ese momento asoma Rosaluz del brazo del Duque de San Carlos).

Escena cuarta

DUQUE.— En estos días estará lista mi carroza. Podremos entonces ir a pasear por la huertas de Miraflores y Chorrillos. Por aquellos lugares se dan las mejores frutas.

BASILIO.— *(Con una reverencia)* Buenos días, Rosaluz.

(Rosaluz no contesta el saludo y vuelve el rostro hacia el otro lado).

DUQUE.— ¿Conoces a ese mozo?

ROSALUZ.— No. Debe ser algún bohemio impertinente.

(Siguen caminando y desaparecen por la derecha. Santiago asoma en ese momento por la trastienda).

Escena quinta

SANTIAGO.— ¿Pasó ya?

BASILIO.— Parecía tener mucha prisa.

(Santiago sale a la vereda y mira hacia el lado por el cual ha desaparecido).

SANTIAGO.— *(Pensativo)* En efecto, demasiada prisa.

BASILIO.— *(Recitando):*

¿Qué cuidado me da a mí
que pases y no me hables,
si sabes que yo no como
con buenos días de nadie?
Anda vete, que no quiero
pasar por ti más fatigas;
si digo que no te quiero
¿qué más quieres que te diga?

SANTIAGO.— Basilio, ya estoy decidido.

BASILIO.— ¿A qué cosa, mi querido inventor?

SANTIAGO.— Te lo diré en dos palabras. ¿Te habrás enterado que Cosme Bueno rechazó mi Memoria?

BASILIO.— Algo he oído de eso en el camino.

SANTIAGO.— Bien, he escrito una nueva Memoria pero no está dirigida al Virrey, sino a su Majestad Felipe V.

BASILIO.— ¡Magnífico! ¡Con toda seguridad, en la Corte de Madrid te dispensarán mejor atención!

SANTIAGO.— Sí, pero necesito viajar a la Metrópoli.

BASILIO.— ¿Y cómo harás para ello? El viaje es largo y costoso.

SANTIAGO.— En estos días zarpa un bajel para Panamá. Pensaba enrolarme como grumete, pero es imposible. *(En ese momento el barbero sale de su tienda y se detiene en la de Santiago. Al sentir las voces se detiene cerca de la puerta y escucha)* El Duque de San Carlos iba a ofrecerme su ayuda, pero está visto que ya no le interesa verme fuera de Lima. ¡Lo que haré será vender mi tienda! Pero no al mezquino barbero, mi vecino. La daré a cualquier otro aunque sea a cien onzas de oro. *(El barbero se retira hacia su negocio)* Pero me faltará un poco de dinero. En ese problema me encuentro.

BASILIO.— ¡Habrá que conseguirlo de donde sea! Se trata de una empresa tan importante, que yo sería capaz de vender mi alma al diablo, si es que algún

diablo quisiera hacerse cargo de ella. *(Caviloso)* ¿Qué cosa podríamos hacer?

SANTIAGO.— No sé, Basilio. Y lo peor es que sólo me quedan tres días para arreglar mi viaje.

BASILIO.— ¡Espera! *(Se golpea la frente)* Tengo una idea. ¿Sabes que en el calabozo para consolarme de mi dolor escribí una alegre comedia? ¡Iré a ofrecerla a Federico Meza! Estoy seguro que me dará, por los menos, unos cincuenta pesos ensayados.

SANTIAGO.— ¿Lo crees posible?

BASILIO.— Escucha: lo que te digo es posible. Federico Meza me dará aunque sea adelantado sobre palabra. Él siempre se ha interesado por mis coplas y es hombre de confianza.

SANTIAGO.— Al menos vale la pena hacer la tentativa.

BASILIO.— ¡Claro que vale la pena! Espérame en tu tienda pero a puerta cerrada. Yo vuelvo en un abrir y cerrar de ojos. Ten confianza en mí, Santiago, que todo esto se arreglará.

SANTIAGO.— ¡Te esperaré ansioso, Basilio!

(Basilio deja su laúd y sale rápidamente por la izquierda. Santiago lo ve alejarse y luego penetra en su tienda y cierra las puertas).

TELÓN

Cuadro sexto

En el portal de Botoneros

Escena primera

(Un grupo de chiquillos del pueblo aparece por la izquierda y se detiene delante del negocio de Santiago).

CHIQUILLOS.— *(Cantando a coro):*

Cuando voló una marquesa,
un fraile también voló,
pues recibieron lecciones
de Santiago, el volador.
¡Miren qué pava para el marqués!
¡Miren qué pava para los tres!

SANTIAGO.— *(Sale de la tienda)* ¡Fuera de aquí, granujas!… ¡Otra vez fastidiando la paciencia! ¡Los haré azotar si continúan burlándose de mí! ¡Bien harían sus padres en darles de comer en lugar de enseñarles canciones groseras!

(Los chiquillos corren hacia la derecha, riéndose).

UN CHIQUILLO.— ¿Cuándo nos enseña a volar, maese Santiago?
OTRO CHIQUILLO.— ¿Es cierto que su novia ha volado con un Duque?
SANTIAGO.— ¡Fuera, he dicho!

(El coro de muchachos desaparece. Santiago ingresa a su tienda).

Escena segunda

(De la barbería salen dos clientes acompañados por el barbero. El barbero echa una mirada hacia la tienda de Santiago y ve las puertas cerradas. Se acerca y queda caviloso. Se vuelve hacia la izquierda y llama a los dos clientes).

BARBERO.— ¡Eh, acérquense, señores! ¿No saben la última nueva? ¡Es algo verdaderamente inverosímil! *(Los clientes aparecen intrigados)* Pero sean discretos, que se trata de un importante secreto.

CLIENTE 1.— ¡Pero dígalo de una vez, maese Gonzalves!

BARBERO.— Hoy día, justamente a las doce, Santiago, el pajarero, volará.

CLIENTE 2.— Pero ¿cómo lo sabe usted?

BARBERO.— ¿No ven la puerta de su tienda? Está cerrada. Muy de mañana lo vi salir con un extraño instrumento sobre los hombros. Tomó el camino del puente. De fijo iba hacia el San Cristóbal.

CLIENTE 2.— ¿Y desde aquel cerro volará?

BARBERO.— ¡Sobre toda la Ciudad de los Reyes!

HOMBRE.— ¿Qué alboroto es éste, maese Gonzalves?

BARBERO.— Santiago volará a mediodía. Yo les cuento lo que he visto. Desde hace tiempo se traía algo entre manos.

CLIENTE 1.— ¡Habrá que ir a las faldas del cerro! *(Pasa un grupo de hombres por la calle)* Eh, señores, ¿no saben la buena nueva? ¡Santiago, el pajarero, va a volar a mediodía desde el Cerro San Cristóbal!

HOMBRE 1.— Pero ¿cómo? ¿Entonces Amat lo ha autorizado?

BARBERO.— Amat se lo ha prohibido. Pero Santiago quiere salirse con la suya. Repito: temprano lo vi tomar el camino del San Cristóbal.

HOMBRE 2.— ¡Se matará sin duda!

CLIENTE 2.— Eso habrá que verlo de cerca. ¡Vamos al San Cristóbal!

BARBERO.— ¡Miren! *(Señalando hacia donde se presume se encuentra el cerro)* ¿No ven ustedes un punto que se mueve?

CLIENTE 2.— ¡Es verdad! ¡Debe de ser Santiago! ¡Desde aquí distingo su sombrero!

BARBERO.— ¡Es Santiago que ya se apresta a ganar la cumbre!

TODOS.— ¡Vamos allá, señores!

(Salen por la izquierda. Dos hombres vienen por la derecha y se detienen ante la barbería).

HOMBRE 3.— ¿Qué alboroto es éste, maese Gonzalves?

BARBERO.— ¡Vayan al San Cristóbal! ¡Santiago, el pajarero, va a volar!

(Hombre 3, agitando los brazos, llama a un grupo que se encuentra a la izquierda, fuera del escenario).

HOMBRE 3.— ¡Vengan, señores! ¡Apúrense, Santiago está en la cima del San Cristóbal y se apresta a volar! ¿Usted no viene, maese Gonzalves?
BARBERO.— ¡Dense prisa, que se perderán el más grande fenómeno de esos tiempos!

(El barbero se esconde. Aparece Santiago).

SANTIAGO.— Por ventura, ¿qué cosa es lo que sucede?
HOMBRE 3.— *(Reconociéndole)* Pero ¿cómo? ¿Estás tú aquí?
SANTIAGO.— ¿A dónde va toda esa gente?
HOMBRE 3.— ¿Tú no eres el que iba a volar?
SANTIAGO.— ¿Volar yo? ¿Quién les ha contado ese cuento?
HOMBRE 3.— ¡Aquí está Santiago! ¡Todo es una mentira!
HOMBRE 4.— ¿Cómo? ¿Nos has engañado? ¡Qué vuele o lo matamos a pedradas!
HOMBRE 3.— ¡Llevémoslo al cerro!

(Se acercan amenazadores).

SANTIAGO.— ¿Quieren dejarme tranquilo, por ventura?

(Los hombres se acercan más).

HOMBRE 3.— ¡Llevémoslo al San Cristóbal!
SANTIAGO.— *(Retrocediendo hacia su tienda)* ¿Qué daño les he hecho yo para que me hostiguen?
HOMBRE 4.— Dijiste que ibas a volar y ahora tienes que hacerlo.
HOMBRE 3.— ¡Cuidado, que quiere encerrarse en su tienda!

(Hombre 3 corre y le cierra la puerta).

SANTIAGO.— ¡Han sido víctimas de un engaño! ¡Déjenme!
HOMBRE 3.— ¡No lo sueltes! ¡Que vuele! ¿Cómo nos vamos a dejar embaucar?
HOMBRE 4.— ¿Qué prefieres? ¿Volar o que te colguemos?
HOMBRE 3.— ¡Llevémoslo al San Cristóbal!
LOS DOS.— ¡Santiago está aquí! ¡Santiago está aquí!

(Santiago logra zafarse y corre hacia la derecha. Lo persiguen los gritos de: «cojan al loco Santiago», «queremos verlo volar», «piedras con él». Los gritos se pierden por la derecha. El barbero, en la puerta de su tienda observa la persecución. Gritan:

«Allí se llevan a Santiago». «Ya lo cogieron al volador». Basilio aparece).

BASILIO.— ¡Santiago! ¡Santiago! *(Al barbero)* ¿Dónde está Santiago? ¿Es cierto lo que dice la gente?

BARBERO.— *(Con parsimonia)* La turba lo ha perseguido. Lo van a hacer volar desde el cerro San Cristóbal. *(Señala hacia donde vienen gritando desaforados).*

BASILIO.— *(Con rabia)* ¡Asesinos!

(Desaparece a la carrera por la derecha. El barbero se acerca a la tienda de Santiago y cuenta con los pasos la extensión de su fachada. Luego queda caviloso contemplando la puerta. Los gritos, a la izquierda, van disminuyendo en intensidad. Pronto, sólo se escucha el silencio. Al poco rato aparece Basilio con la capa desgarrada, cargando el cuerpo de Santiago. Lo deposita delante de su tienda y se arrodilla a su lado. Le cruza los brazos sobre el pecho y recita la Copla del Inventor. Mientras Basilio recita, el barbero ha salido con su cartelón que colocará en la puerta de la tienda de Santiago, en el cual dice con grandes letras: «Perfumería Real» — «Esteban Gonzalves»).

COPLA FINAL

Favores pidió a virreyes
y no los pudo lograr;
en medio de tantas leyes
fue su delito soñar,
soñar con poder volar.

Volando alcanzan la cima
miserables convenidos,
que sólo triunfan en Lima
los vestidos de bandidos.

Quienes no saben soñar
se arrastrarán por el suelo,
mientras tú llegas al cielo
con que soñaste al volar.

Y así a pesar de tu duelo
si tu sueño fue volar
nadie te podrá olvidar.

TELÓN

Lima, 1958

JULIO RAMÓN RIBEYRO ZÚÑIGA (Lima, 1929-1994). Escritor peruano, considerado uno de los mejores cuentistas de la literatura hispanoamericana. Fue una figura destacada de la llamada Generación del 50, a la que también pertenecen narradores como Mario Vargas Llosa, Eleodoro Vargas Vicuña y Carlos Eduardo Zavaleta. En su país fue distinguido con los premios Nacional de Teatro (1959), Nacional de Novela (1960), Novela del diario *Expreso* (1963), Nacional de Literatura (1983) y Nacional de Cultura (1993); a nivel internacional le fue otorgado el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (1994, ahora FIL de Literatura en Lenguas Romances).

Aunque el grueso de su obra lo constituye su cuentística (reunida bajo el título general de *La palabra del mudo*), también destacó en otros géneros como novela, *Crónica de San Gabriel* (1960), *Los geniecillos dominicales* (1965) y *Cambio de guardia* (1976); ensayo, *La caza sutil* (1975); teatro, *Santiago, el pajarero* (1966) y *Atusparia* (1981); diario, *La tentación del fracaso* (1992-95); y aforismo, *Prosas apátridas* (1975) y *Dichos de Luder* (1989).

Notas

[1] Santiago de Cárdenas (Callao, 1726 - Lima, 1766?). Precursor peruano de la aviación. En 1761, presentó al virrey Amat un memorial sobre el vuelo humano, sin éxito. En 1762 redactó otro, que no consiguió enviar al rey de España, titulado *Nuebo sistema de Nabegar por los Aires sacado delas obserbaciones dla Naturalesa Bolatil*, con novedosos grabados e ilustraciones del movimiento de las plumas guías de las aves; su curvatura, su colocación y su importancia para el vuelo. *(N. del E. digital)* <<

[2] Baltazar Gavilán (Lima, ?-1753?), importante escultor del siglo XVIII. Con gran manejo del barroco, sus obras imprimieron un realismo sin precedentes en la plástica peruana. Destacan *La Dolorosa*, realizada para el convento de San Francisco, y *Cristo de la Columna* y *La Muerte*, para la iglesia de San Agustín. *(N. del E. digital)* <<

[3] Manuel de Amat y Junient Planella Aymerich y Santa Pau (Barcelona, 1704-1782), marqués de Castellbell, gobernador de Chile (1755-1761) y virrey del Perú (1761-1776). Hizo importantes obras de infraestructura en Lima, como la reconstrucción de la Alameda de los Descalzos, la Plaza de Acho, la Quinta Presa, la fortificación del Real Felipe, la torre de la iglesia de Santo Domingo y el Paseo de Aguas, en el actual distrito del Rímac. *(N. del E. digital)* <<

[4] Francisco Antonio Cosme Bueno y Alegre (Belver de Cinca, Aragón, 1711 - Lima, 1798). Médico, matemático y Cosmógrafo Mayor del virreinato del Perú. A partir de 1741 publicó por capítulos una valiosa *Descripción del Perú*, por encargo del virrey Marqués de Villagarcía, en la cual volcó noticias históricas y datos geográficos muy acuciosos. *(N. del E. digital)* <<

[5] Cerro considerado *apu* (dios tutelar) del valle del Rímac por los incas, fue bautizado con el nombre de San Cristóbal por el conquistador español Francisco Pizarro en 1535. Desde su cima, ubicada a 400 msnm y coronada con una cruz monumental, se puede contemplar gran parte de la ciudad de Lima. *(N. del E. digital)* <<

[6] Primera cuadra del actual jirón Huallaga, en la Plaza de Armas de Lima. Se le llamó portal de Botoneros por acoger durante la colonia a los vendedores de botones, sombreros y sedas. *(N. del E. digital)* <<

[7] María Micaela Villegas y Hurtado de Mendoza (Lima, 1748-1819), conocida como *La Perricholi*, famosa actriz de teatro, antecedente de las grandes divas del espectáculo. Vivió un romance de catorce años con el sexagenario virrey Amat, que se convirtió en la relación más escandalosa del siglo XVIII. Su vida ha sido fuente de inspiración, a lo largo de tres siglos, para numerosas obras poéticas, dramáticas, musicales, cinematográficas e, incluso, televisivas. *(N. del E. digital)* <<

[8] Estos hechos son recogidos (o quizás inventados) por Ricardo Palma en la tradición «La trenza de sus cabellos», protagonizada por Baltazar Gavilán y Mariquita Martínez. *(N. del E. digital)* <<

[9] Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la institución educativa más importante del Perú. Fundada el 12 de mayo de 1551, es la primera universidad peruana y oficialmente la más antigua de América. *(N. del E. digital)* <<

[10] La escultura *La Muerte* (cf. Nota 2). La situación se narra en la parte III («De cómo una escultura dio la muerte al escultor») de la tradición ya citada (cf. Nota 8). *(N. del E. digital)* <<